

DOCUMENTO BASE (BORRADOR)

**EJE 12.1 - EL FUTURO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR
EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**

Consultores Grupo de Trabajo Eje 12.1 – El futuro de la Educación Superior en América Latina y el Caribe

- Soraya Smaili
- Francisco Tamarit
- Amanda Harumy

Índice

1. Introducción	2
2. La democracia.....	11
3. La integración regional.....	12
4. La cuarta revolución tecnológica	13
5. Proyecto de Integración Regional a través de la Movilidad Estudiantil.....	14
6. Referencias.....	15

1. Introducción

Se nos ha encomendado la tarea de reflexionar sobre el futuro de la educación superior en América Latina y el Caribe y hemos dado por supuesto que no se espera de nosotros la confección de un estudio prospectivo, el cual estaría fuera del alcance de nuestras posibilidades. Este trabajo se centra en consultas realizadas a diferentes actores de la comunidad y en nuestras experiencias académicas, con todas las connotaciones que la palabra academia posee. Somos trabajadores, estudiosos y militantes de la educación superior y la entendemos como uno de los bienes más preciados de los que disponen las sociedades contemporáneas. Conocemos su historia y nos reconocemos como herederos de muchas generaciones que lucharon por lograr que a través de la educación nuestra región salga de esta situación de tensiones y crisis recurrentes en que nos encontramos desde aquel choque estrepitoso de culturas que significó la invasión de los imperios europeos de los inicios de la modernidad a estas tierras, hasta entonces ocupadas por pueblos indígenas.

Durante siglos en todo el mundo, las universidades han sido reconocidas como la fuente de las ciencias, la palabra y la cultura. La universidad ha sido el lugar del pensamiento y el debate de ideas. Para reflexionar sobre el futuro de la universidad, comprendemos también el pensamiento y la convergencia de ideas en la búsqueda de entendimientos y propuestas que permitan un diálogo con el presente, pero también una mirada hacia el futuro. Nuestro continente tiene una larga y rica historia universitaria de casi cinco siglos, nacida a la luz de aquellas primeras instituciones fundadas para servir a los objetivos coloniales y que acompañaron las luchas por nuestra independencia y la conformación de nuestros estados nacionales. Por cierto, analizar las razones de este presente tan difícil para nuestra región no es tarea para este grupo de trabajo. Nuestro objetivo es mucho más modesto: Aportar apenas, humildemente, algunas ideas sobre cómo debería ser el sistema de educación superior de América Latina y el Caribe en un futuro no muy lejano, posible, sostenible y próspero para todos nuestros pueblos.

Vivimos sin duda tiempos profundamente convulsionados, en especial en nuestra región, y nuestros pesares, individuales y colectivos, producen angustia y generan incertidumbre. En los últimos años, nuestro continente ha experimentado inestabilidades económicas y políticas. Algunos casos recientes pueden y deben ser analizados a la luz de las cuestiones relacionadas con la consolidación de la democracia y la necesidad de instituciones estatales que estén en sintonía con la sociedad que las sostiene. A pesar de haber vivido incertidumbres desde el punto de vista económico, lo que más llamó la atención fue la presencia de gobiernos (ex. Gobierno Bolsonaro en Brasil), que buscaran desmantelar el sistema universitario público, especialmente en relación con la investigación y la producción de conocimiento. El ataque a las instituciones de reflexión es un presupuesto para el debilitamiento de las ideas en el debate crítico de la sociedad, y por lo tanto, un ataque también a los procesos democráticos.

Los años de ataque a las instituciones y a la democracia coincidieron con la mayor crisis sanitaria vivida por nuestras generaciones. Ante este panorama, quienes soñamos desde las instituciones de la educación superior con un porvenir venturoso, no podemos sino afrontar con energía y confianza el desafío de transformar los sistemas de educación superior de la región frente a la miríada de problemas que enfrentan nuestras sociedades.

Estamos convencidos de que pensar en el futuro de la educación superior no puede agotarse en un ejercicio introspectivo, en una reflexión limitada a analizar las internalidades de nuestras instituciones y el entramado de redes que ellas conforman. Por el contrario, creemos que se trata de una tarea que debe centrarse en la necesidad de construir el sistema de educación superior que nuestros pueblos necesitan, y esto requiere del esfuerzo articulado y coordinado de todos los sistemas nacionales, universitarios y no universitarios, en diálogo permanente con nuestras sociedades. No es una tarea simple ni rápida, pero sabemos que la CRES+5, organizada para evaluar los avances logrados desde la CRES 2018, será un aporte magnífico en este sentido. La transformación hacia un nuevo sistema debe fundarse en un continuo diálogo virtuoso, inclusivo y generoso de todas las sociedades, de todos los pueblos, a través de sus gobiernos, sus instituciones y sus comunidades educativas, científicas y tecnológicas y las organizaciones civiles preocupadas por hacer de la educación una herramienta de empoderamiento de nuestros ciudadanos y ciudadanas, en un verdadero diálogo de saberes basado en el respeto a tantas tradiciones culturales que nos caracterizan. Un diálogo que nos permita no solo encontrar las soluciones que necesitamos, sino también, una nueva epistemología capaz de abrazar a todas nuestras culturas y extraer de ellas las síntesis necesarias para planificar nuevas formas de vivir bien, de buen vivir. En definitiva, pensamos que frente al deterioro de las condiciones de vida de los y las habitantes de la región, no sería justo planificar estrategias superadoras sin atenernos al objetivo superior de atender a las necesidades de nuestros pueblos.

Paradójicamente, al tiempo que América Latina, el Gran Caribe y otras regiones del sur global se estancan e incluso retroceden en este presente signado por la pobreza y la violencia, la humanidad dispone de sobrados recursos tecnológicos como para enfrentar todos y cada uno de los muchos desafíos pendientes. Solo el egoísmo humano puede explicar el estado de arte del mundo actual, atravesado por guerras irracionales, odios seculares y disputas geoestratégicas amañadas a los intereses de unas pocas naciones.

A escala global la erradicación de la pobreza sigue siendo sin duda el gran desafío de la humanidad, pero poco se avanza al respecto, seguramente porque es ante todo un problema de las pobres naciones periféricas. En particular, nuestra región sigue siendo la región más desigual del planeta. Datos del Banco Mundial muestran que cerca de dos mil ochocientas personas viven en condiciones de pobreza y cerca de ochocientos millones en condiciones de extrema pobreza. Pero aun así pareciera que lo que preocupa de la pobreza no son sus causas, ni

son el hambre ni el dolor que producen, si no los flujos migratorios que la misma pobreza motoriza. A todo esto, se suman los efectos de una pandemia de grandes proporciones que llevó a un aumento todavía más grande de la inequidad. Como demostró el reciente informe de Oxfam: la riqueza de los cinco hombres más ricos del mundo aumentó un 114% desde el año 2020 hasta la fecha. Siete de las diez mayores empresas del mundo tienen actualmente a un multimillonario al mando o como principal accionista. Las 148 mayores empresas del mundo obtuvieron ganancias por valor de 1,8 billones de dólares, un 52% más que el promedio de los últimos tres años, y distribuyeron generosos dividendos a los accionistas adinerados mientras millones de personas enfrentaban recortes en sus salarios. En Brasil, la persona más rica del país posee una fortuna equivalente a la mitad más pobre del país (107 millones de personas) (<https://www.oxfam.org.br/forum-economico-de-davos/desigualdade-s-a/>). Sin duda la pobreza global está causalmente asociada a la enorme concentración de riqueza que las políticas de las naciones prósperas promueven, o mejor dicho, imponen.

Poner fin a la pobreza en todas sus formas y en todo el mundo, como reza el principal objetivo de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, es mucho más que un mero desafío monetario. La pobreza es siempre y ante todo, una forma de dominación que atormenta y genera sufrimiento físico y mental a sus víctimas. Tenemos que pensar y reflexionar también sobre nuestros jóvenes, que son el futuro de esta región que tiene todavía un gran contingente de personas que están en edad de formación universitaria. En este sentido, también existe una gran preocupación por nuestros jóvenes y las generaciones actuales, así como la falta de interés o acceso a la Educación Superior. Una investigación reciente del Centro de Estudios SoU_Ciência mostró que, entre las principales preocupaciones de los jóvenes brasileños, el hambre ocupa el primer lugar, seguido por la pobreza, la falta de empleo, la preocupación por la violencia y las drogas. La preocupación por la educación aparece solamente después de todos estos elementos. Solo en la medida en que seamos capaces de identificar sus múltiples dimensiones causales y podamos abordar con coraje las soluciones requeridas, podremos revertir este presente ignominioso, en el cual la vida de los “diferentes”, de los oprimidos, de los marginalizados ya sea del ámbito rural o urbanos, parece no valer gran cosa, donde la empatía sólo se da entre “iguales” y donde la legítima resistencia a tanto maltrato es combatida por muchos estados como si fuese subversión del orden constituido y no un mecanismo de autodefensa. Por lo tanto, la unidad de nuestras universidades, como espacio de construcción de propuestas y de trabajo en red, pueden hacer un gran aporte a mejorar los indicadores de pobreza, como sucedió en los años de pandemia en los cuales se verificó en algunos países de nuestro continente una respuesta vigorosa de las universidades, investigadoras e investigadores a partir del conocimiento. Las redes de cooperación y el intercambio de información fueron fundamentales para alcanzar las soluciones logradas y este aprendizaje no se

puede olvidar. Por eso, es necesario prestar atención a los legados de la pandemia, a la capacidad ya existente y al poder del esfuerzo conjunto en la solución de problemas sociales, presentes y futuros, de gran magnitud.

Pero además de la pobreza, América Latina y el Caribe sufren otros males estructurales: La falta de sostenibilidad de nuestras concepciones anacrónicas del desarrollo genera marginación y desigualdad, llevando a cientos de millones de habitantes a vivir en situaciones precarias y carentes de los derechos humanos y sociales más elementales, al tiempo que se degrada nuestro medio ambiente sin miramiento; la crisis de gobernabilidad y representatividad golpea fuertemente a nuestras democracias que se debilitan al extremo y son colonizadas por grupos inescrupulosos que hacen del poder político y económico una forma moderna de saqueo y explotación de nuestros recursos humanos y naturales; la matriz productiva promueve la producción intensiva de bienes de bajo valor agregado y nos obliga a pagar caro los bienes y servicios indispensables, promoviendo empleos de baja calidad y mala remuneración; nuestras naciones diluyen su poder internacional ante la incapacidad de alcanzar una virtuosa integración política, económica y sobre todo cultural de nuestros pueblos; y por último, y la más importante sin duda, la falsa pretensión eurocéntrica que nos impide reconocernos en la plenitud de toda nuestra rica diversidad cultural, promoviendo el racismo patriarcal y colonial que afecta a la mayoría de los habitantes de nuestra región, ya sea por razones étnicas, de género, de lengua o religión.

Durante las últimas décadas la ciencia ha comprobado que una nueva amenaza azola a la humanidad: El cambio climático. Sabemos hoy que el mismo es producto del uso irresponsable del conocimiento que algunos pocos han hecho y hacen para promocionar el bienestar de una pequeña fracción de la población global a costa de una degradación continua del medio ambiente y el empobrecimiento de una porción importante de la población global. En este contexto, las universidades, especialmente las del sector público, que en nuestra región están vinculadas a los problemas sociales y que trabajan en la investigación y la ciencia aplicada, han llevado y podrán aumentar sus acciones a partir de la capacidad instalada, con el objetivo de solucionar y proteger a la población, la salud humana y el medio ambiente. En el mundo crece la educación y la ciencia orientadas al concepto de Salud Única, donde no es posible pensar en la salud humana sin la salud animal y la salud del medio ambiente. Juntas y con el objetivo de la Salud Única, es posible alcanzar la Salud Global y Planetaria. Los cambios climáticos no solo revelan los problemas de la explotación depredadora y la deforestación sin sentido, sino que también ponen de manifiesto las desigualdades, ya que son las poblaciones más pobres las que sufren los efectos de estos cambios. Sabemos que las poblaciones más vulnerables fueron las más afectadas por la pandemia, ya que además de las pérdidas sociales y económicas, la salud humana se vio fuertemente afectada y llevó a la muerte de cientos de miles de personas en nuestro continente. Esta acción orientada hacia la Salud Única seguramente traerá

beneficios importantes para combatir las próximas epidemias, con el fin de evitar que una nueva tragedia pandémica afecte a la población y a los más necesitados.

Otro punto importante es el problema de la desinformación intencional. Este no es un fenómeno nuevo, pero es necesario entenderlo en el actual contexto. Es importante hacer una distinción crucial entre desinformación no intencional y desinformación intencional. La primera tiene origen en desactualización o errores de verificación por parte del autor de un texto informativo, una condición que la lengua inglesa define bien con el término "misinformation". Por otro lado, la desinformación intencional (o "disinformation" en inglés) propaga deliberadamente información falsa, imprecisa o engañosa, con el objetivo de obtener ventajas económicas, políticas o ideológicas. Como presentó el Profesor Manuel Barral en su trabajo en "The Conversation Brasil", ambos tipos de desinformación han existido durante mucho tiempo, pero antes la ciencia solía proporcionar las bases para confirmar o refutar esa información. El problema actual es que, según cita la filósofa Hanna Arendt, "el cambio de paradigma es que ahora la política determina la mentira en la ciencia".

Es necesario comprender las características y los mecanismos productores de información falsa o distorsionada que ha sido difundida de manera intencional a gran escala a través de internet y la manipulación de algoritmos. A pesar de haber experimentado un avance y una "ola pro-ciencia" durante la pandemia de la Covid-19, como mostró Sigolo y sus colaboradores en su trabajo, con la ampliación de la confianza en los científicos y el aumento en la divulgación científica, también ha habido campañas fuertemente articuladas contra las vacunas, distorsionando el conocimiento científico sobre el virus y llevando a cientos de miles de personas a negar la existencia de la enfermedad, poniéndolas en grave riesgo de vida. Incluso en sociedades ampliamente educadas, siempre ha existido desconfianza hacia la ciencia. Hay dos causas para que esta incredulidad ocurra. La primera de ellas es la ideología de grupos políticos o religiosos que se sienten amenazados por el conocimiento científico y prefieren el oscurantismo como explicación del mundo, ya que de esta manera pueden obtener un mayor poder y dominio sobre las personas. El gran crecimiento, en los últimos años, de grupos negacionistas y productores de desinformación intencional ha sido notable a partir del uso de motores de búsqueda y la amplificación de algoritmos utilizados en la internet, con nuevas tecnologías y la inteligencia artificial, mediante métodos poco transparentes y democráticos. Además, hay también una larga producción de contenidos con fuerte manipulación de las emociones, del miedo y que fortalecen teorías de conspiración a través de plataformas cada vez más elaboradas y eficientes tecnológicamente.

Así como se ha hecho de manera incisiva en el tema de la pandemia, los grupos que trabajan en la desinformación intencional utilizan las mismas estrategias para actuar en otros temas, incluso en la cuestión del cambio climático.

Por lo tanto, nuestras universidades pueden desempeñar un papel fundamental en este punto, no sólo para comprender las características y mecanismos de la información falsa o distorsionada difundida de manera intencional a gran escala, sino también para proporcionar evidencia a través de estudios que aborden este fenómeno. Es necesario que nuestro continente se involucre y reconozca hasta qué punto estamos inmersos en la desinformación intencional, un fenómeno que presenta riesgos para los derechos y que puede llevar a poblaciones enteras a procesos abusivos y violentos. Este trabajo de enfrentamiento también puede contribuir, a través de la educación, a corregir desigualdades e iniquidades y promover la salud, la agenda ambiental y la democracia.

Parece mentira, pero el conocimiento racional que nos permite entender qué está sucediendo y cómo podríamos revertir este presente, no tiene la capacidad de conmovir a quienes detentan el poder decisorio en nuestra región como para frenar estas tendencias destructivas. En definitiva, nacemos y morimos naturalizando las condiciones en que vivimos, acostumbrados dócilmente a la desigualdad y la injusticia que nos rodea. Por todas estas razones entendemos que solo produciendo profundos cambios sistémicos e institucionales podremos construir un futuro de prosperidad y buen vivir que rompa con la lógica de dominación actual.

Es difícil imaginar que el proceso de deconstrucción de este modelo global surja de la voluntad de quienes, sean individuos, organizaciones o naciones, lucran de los beneficios de la desigualdad y la injusticia generada. Y en este sentido, si miramos el futuro de nuestra región y nuestro planeta quienes integramos las comunidades académicas latinoamericanas y caribeñas estamos llamados a asumir, en la diversidad de creencias y miradas que nos caracteriza, la responsabilidad irrenunciable que nos cabe, en tanto actores del conocimiento, las artes y la cultura, de gestionar una de las herramienta más poderosa de que disponen nuestros pueblos para promover nuevas formas de convivencia justa, pacífica y armoniosa: el conocimiento. Pero que quede claro que entendemos que el conocimiento racional, ilustrado, si bien es indispensable, no alcanza. Solo el conocimiento generado a la luz de un diálogo de saberes, generoso y democrático podrá ayudarnos a vislumbrar los caminos que hoy se nos hace difícil descubrir, como si estuviésemos perdidos en un enmarañado bosque que nos impide ver las posibles salidas. El sueño de una humanidad moldeada a partir del uso responsable de la razón que tanto entusiasmó a occidente en los albores de la modernidad se agotó en su propio fracaso. La razón por sí sola no soluciona. Solo la construcción de un nuevo humanismo desprovisto de cualquier pretensión de superioridad antropocéntrica y eurocéntrica, respetuoso de la diversidad, capaz de hacernos reflexionar sobre el rol que nos cabe como especie y a la vez capaz de potenciar las dimensiones cooperativas y empáticas del desarrollo, podrá llevarnos a un futuro mejor. En otras palabras, se trata de abandonar el rol de observadores pasivos de tanto dolor para asumir la responsabilidad de poner a nuestras casas de estudio al servicio de nuestros pueblos, más allá de los límites del

territorio local o regional para abrazar entre todos al conjunto de nuestros pueblos, que invisibilizados resisten como pueden al desempoderamiento y el sufrimiento con el que convivimos. Tenemos pocas certezas, pero entre ellas quizá la más clara es la que nos dice que solo existe un futuro próspero para América Latina y el Caribe si lo diseñamos en unidad e integración, y más aún, sabemos que en esa aventura de la integración no puede prescindir del aporte del conocimiento, del arte y la cultura que habitan también nuestras instituciones de la educación superior.

Si bien la región tiene larguísima tradición universitaria, no es menos cierto que hasta hoy nuestras instituciones no han sido capaces de impactar con suficiente profundidad en el devenir de nuestras sociedades, o al menos no tanto como se hubiese deseado. Y esto no debe interpretarse como un desconocimiento o falta de reconocimiento de la tarea realizada. Por el contrario, nuestras naciones, sin excepción, poseen sólidas instituciones universitarias y terciarias que han sabido ocupar un lugar estratégico en el desarrollo de cada uno de los rincones de nuestro continente. Sin embargo, los problemas que nos abruman parecen lejos de encontrar solución y nuestro sistema de conocimiento no llega en tiempo y forma a atender tantas demandas. Si pensamos entonces en el futuro de la ES de la región lo primero que se nos viene a la mente es la imperiosa necesidad de conformar un sistema integrado, capaz de constituirse en un aliado incondicional de nuestros pueblos a escala regional a la hora de soñar primero y planificar después un futuro próspero para los casi quinientos millones de habitantes de las naciones y territorios que conforman esta doliente, pero maravillosa región. Resulta simple decirlo, pero es difícil, y por momentos casi imposible, imaginar cómo lograr que las instituciones de la ES sean capaces de tener una incidencia mucho más profunda en la mejora de nuestras condiciones de vida. ¿Cuáles son los presupuestos necesarios para poder construir una agenda de transformación capaz de llevarnos a buen puerto? O, dicho de otra forma, ¿cuáles deberían ser los principios rectores que nos permitan acordar acciones a escala regional capaces de potenciar un profundo cambio en los sistemas universitarios?

Tratemos de imaginar un futuro posible, accesible y sostenible *para la región*, sin entrar en un nivel de detalle que haga prevalecer nuestras diferencias legítimas, idiosincráticas, históricas y culturales por sobre las fuertes coincidencias en metas y objetivos. Comencemos entonces pensando cómo deberá ser la universidad del futuro, cuáles son los desafíos por superar y dejemos que una vez alcanzados sólidos acuerdos, las partes se articulen alrededor de pocos, pero contundentes principios rectores.

Un primer presupuesto indispensable para imaginar la concreción de una virtuosa transformación humana, social, política, económica y ambiental debe ser, a nuestro entender, el asumir a la educación superior como un derecho humano, un bien social y, por lo tanto, una responsabilidad irrenunciable de nuestros estados nacionales y

subnacionales. Pero esto no habla solo de futuro; habla del tránsito hacia el futuro, habla de la urgencia por empezar a reconstruir, sobre la base de lo que ya disponemos, un nuevo sistema de educación superior que se entienda a sí mismo como un instrumento indispensable puesto al servicio de nuestras sociedades. Es claro a esta altura y después de tres Conferencias Regionales de la UNESCO sobre Educación Superior (La Habana en 1996, Cartagena de Indias en 2008 y Córdoba en 2018) que la comunidad educativa de la región acepta asume y defiende mayoritariamente esta concepción, pero también es verdad que es cada vez más difícil lograr que esta cosmovisión se consolide y sea aceptada más allá de los límites de nuestras instituciones. ¿Entienden nuestros pueblos, nuestros dirigentes a qué nos referimos cuando decimos que la educación superior debe ser cuidada y promovida como todo derecho humano y bien social? No parece ser obvia la respuesta. Quizá debamos reconocer que estas definiciones surgen siempre de debates muy profundos pero circunscritos a los responsables de la gestión de las instituciones y a quienes se ocupan de la educación como objeto de estudio. A pesar de lo reiteradamente declamado, con conmovedora prosa y las mejores intenciones, vivimos desde hace décadas un proceso gradual y creciente de mercantilización de la educación que va en dirección contraria. Y aclaramos de entrada que no nos referimos a la convivencia entre instituciones públicas y privadas, pues esto no se contradice con la concepción de derecho y bien social. Sin duda esta concepción de la educación superior no es un capricho, y mucho menos una forma de promover la generación de privilegios hacia las comunidades educativas. Esta idea, antigua pero siempre cuestionada, se centra en la convicción profunda de que sólo a partir de la promoción sistemática de valores educativos de calidad, inclusión y pertinencia será posible construir ese futuro de prosperidad que todos deseamos. Este futuro requiere de ciudadanos y ciudadanas formados para poder acceder a trabajos dignos que les permitan cumplir sus expectativas vocacionales, pero con espíritu crítico como para ser capaces de modificar este presente socialmente mortificante a partir de verdaderos valores humanistas. En este sentido, la universidad no es apenas un lugar para mejorar las condiciones de vida de quienes por ella transitamos. Debe ser también el lugar para mejorar las condiciones de toda la sociedad, y de ahí la idea de bien social. Para esto se requiere también de espacios de reflexión y creación de soluciones originales para cada una de las enormes demandas que afrontamos y a las cuales hasta ahora no hemos sido capaces de atender. Aquí la investigación científica y tecnológica, la extensión y la vinculación se suman a la dimensión formativa como elementos claves a la hora de transformar nuestro presente. En otras palabras, es necesario poner en la agenda las necesidades de la gente, para preocuparse y ocuparse en solucionar sus problemas.

Sabemos que solo hay derecho a la educación si esta educación es de alta calidad, y debemos admitir que nuestra región tiene un largo camino a recorrer en este tema. La idea de derecho no está vinculada a la idea de obligatoriedad. Pensar que solo los niveles educativos obligatorios deben ser admitidos como oportunidades que

los estados deben garantizar es desconocer el rol que hoy juega la formación continua en la calidad de vida de nuestros ciudadanos y ciudadanas. Debemos sí promover una ampliación sustancial de la cobertura de la educación superior y además una mayor diversificación de las ofertas académicas, venciendo tabúes que atan a nuestras instituciones a concepciones elitistas, tanto en la formación, la investigación como en la extensión. Debemos acordar a escala regional y armonizar con el resto del mundo nuevos criterios de calidad educativa, exigentes en logros y en pertinencia, respetando la diversidad cultural de nuestras regiones.

La idea de bien social es profundamente diferente a la idea de bien global. Este último concepto apunta a priorizar los efectos beneficiosos de la educación a nivel mundial, pero esconde muchas veces visiones desterritorializadas que imponen criterios que se apartan de las verdaderas necesidades. Sin desdeñar los beneficios que la globalización puede ofrecer a nuestra región y el carácter universal del conocimiento, es claro que los beneficios de la producción del conocimiento no alcanzan por igual a todas las naciones. La región reivindica para sí la necesidad de que la ES sea entendida como un bien social pues cree necesario, en este presente tan particular, que todos tengan acceso a estudiar, pero también a beneficiarse del quehacer académico, independientemente de cualquier situación y sin ninguna discriminación [Marco Antonio Rodrigues Diaz, CRES 2018].

En segundo lugar, debemos asumir que las universidades e IES son apenas una parte de un entramado mayor de actores sociales, públicos y privados, que tiene como objeto la promoción de la creación, atesoramiento, transmisión, difusión y aplicación del conocimiento. La vieja idea de entender a las universidades como centros hegemónicos del saber racional ha dado lugar a formas mucho más distribuidas, descentralizadas y, ante todo, diversificadas de organización del conocimiento. Sin embargo, es innegable que a escala global las universidades mantienen una cuota importante de relevancia en la definición de políticas públicas y académicas que articulan el uso del conocimiento como bien social. Resulta entonces imposible hoy imaginar a las universidades como los únicos actores responsables de gestionar el conocimiento. Esto no debe interpretarse como una violación a la autonomía y autarquía de estas, si no por el contrario, creemos que, desde el uso responsable de su capacidad y habilidad para gobernarse libre de presiones políticas o económicas, debe admitirse que la misión es compartida y que la tarea a realizar día tras día se articula con el de los miles de instituciones que conforman el sistema de conocimiento de la región y el mundo, privilegiando, dada su debilidad, la cooperación sur-sur.

Otro aspecto fundamental, el tercero, es aceptar la enorme cuota de responsabilidad de nuestros sistemas de promoción del conocimiento, y en el cual están incluidas las instituciones de la educación superior, en el presente regional. Es cierto que, durante el siglo XX, en especial en sus últimas décadas, hemos vivenciado una explosión de crecimiento en los sistemas nacionales, pero no es menos cierto que este impulso no ha roto del todo la matriz

elitista y colonial que caracteriza a nuestra educación superior. Hemos logrado grandes avances en términos de inclusión social y pertinencia, pero aún no se vislumbra el valor de la articulación de las políticas educativas.

En definitiva, podemos afirmar que no hay entonces mejor agenda hacia el interior de nuestras casas de estudio que la propia agenda de una humanidad y de una región que sufren las consecuencias de la desigualdad, la pobreza y la injusticia y busca nuevas formas de desarrollo sostenible y de buen vivir para los seres humanos.

2. La democracia

Uno de los problemas más importantes que enfrentamos es el debilitamiento de nuestros sistemas democráticos. Vemos cómo se recrean viejas formas autoritarias que desacreditan la justicia social y la promoción de derechos en un resurgimiento de fórmulas que han producido mucho dolor a la humanidad a lo largo de la modernidad. Ante esta situación y en un marco de diálogo respetuoso, es imperioso que los problemas que enfrentan nuestras democracias sean parte de la agenda de la educación superior. La democracia es indiscutiblemente la forma más virtuosa de gobierno, y la única que posibilita el respeto irrestricto de los derechos humanos individuales y sociales de nuestras poblaciones. Pero es obvio que nuestras democracias están debilitadas y que el conocimiento y la educación son las principales herramientas para su fortalecimiento. La preservación de la democracia, siempre en riesgo, y su mejoramiento, es sin duda el mayor desafío de nuestras naciones. Estamos viviendo una profunda crisis de representación, y a casi cuarenta años del fin de las atroces dictaduras que asolaron a nuestros países durante gran parte del siglo XX, nuestras democracias sufren las consecuencias de no haber logrado atender a una postergada y creciente demanda social, lo cual produce frustración y abre las puertas a experiencias autoritarias.

Las universidades son también espacios y territorios políticos democráticos fundamentales, el movimiento estudiantil latinoamericano y caribeño, con la voz de la juventud, participa presencialmente en estos espacios como actores políticos históricos en la defensa de la autonomía universitaria, la democracia y la educación pública gratuita y de calidad. Su legado es un recordatorio de que los estudiantes jugaron un papel fundamental en la construcción de sociedades más justas y educadas, y su contribución sigue siendo esencial en la búsqueda de un futuro educativo equitativo y democrático en la región.

En los últimos años, el movimiento estudiantil ha liderado movimientos, diálogos y campañas en busca de políticas que garanticen la igualdad de acceso a una educación superior de calidad, desafiando la comercialización de la educación y abogando por una inversión significativa en el sector.

Debemos propender entonces a que la agenda de la educación superior, la ciencia, la tecnología y la innovación que apunte también a fortalecer nuestras democracias. Las universidades de la región son responsables de más del 70% de las investigaciones que se realizan en la región y la comprensión de los procesos involucrados en el debilitamiento de las democracias pueden dar sustentación a las necesarias mejoras de nuestras democracias.

3. La integración regional


En un mundo que se estructura de grandes bloques de naciones que articulan hacia el interior políticas de bienestar para sus habitantes al tiempo que buscan maximizar sus ventajas internacionales y mitigar sus debilidades, nuestra región padece también una profunda debilidad geoestratégica global. Por cierto, la integración de América Latina y el Caribe es un desafío complejo que requerirá vencer numerosas dificultades políticas, económicas, sociales y ante todo culturales, todas de difícil resolución, pero eso no es excusa para continuar aplazando su inicio. Más allá de los importantes bloques subregionales que conviven en nuestra región y varias instancias de articulación, nuestras regiones están lejos de alcanzar el grado de unidad requerido frente a los desafíos del mundo contemporáneo. Uno de los elementos virtuosos que siguen estando ausentes en la agenda de debates regionales es la integración de los sistemas nacionales de promoción del conocimiento, dentro de los cuales las instituciones de la educación superior juegan un papel primordial. El futuro próximo debe encontrar a nuestros sistemas nacionales fuertemente integrados, articulados y a la vez, dispuesto a colaborar con el resto del mundo también a partir de una agenda común. Esto requiere sin duda una nueva visión de la tan mentada internacionalización de la educación superior, que, sin negar el sentido universalista del quehacer educativo, ponga en valor, como sucede en todas las regiones y naciones, la pertinencia social y territorial como elemento rector esencial. Si hoy carecemos de espacios de generación de diagnóstico, prospectiva, promoción y financiación, esto debe resolverse a la brevedad, como un paso hacia ese nuevo futuro que buscamos. La CRES 2018 ha sido clara en cuanto a la necesidad de conseguir que se conforme a la brevedad una agencia latinoamericana y caribeña de educación superior, ciencia y tecnología capaz de ponerse al servicio de atender a los objetivos de la integración regional. Esto no solo es deseable, si no también posible. Entendemos que solo una agencia intergubernamental autónoma de cualquier otro organismo supranacional y en la cual estén representadas las treinta y dos naciones que conforman la región, podrá atender a la más urgentes de todas las demandas: la necesidad de disponer de una agenda, un plan estratégico de acción capaz de asegurar el éxito de este objetivo. En la medida en que dispongamos de un diagnóstico claro de la situación podremos encarar acciones y programas de acción capaces de articular las necesidades y las capacidades estratégicas, planificar el crecimiento y promover estándares de calidad que también incluyan a la pertinencia territorial, la inclusión social y la diversidad como valores imprescindibles en la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo sostenible.

4. La cuarta revolución tecnológica

La humanidad es testigo de una revolución tecnológica disruptiva inédita que transforma nuestras vidas drásticamente, y esta revolución por cierto impacta también profundamente en nuestra región. Contamos en nuestros países con sólidos desarrollos académicos y con una larga experiencia en términos de vinculación entre la academia y la sociedad civil, y en particular, con los actores del mundo de la producción. Cabe entonces preguntarnos si estamos haciendo los esfuerzos necesarios y en la dirección correcta para lograr que estas tecnologías impacten positivamente en nuestras vidas o si apenas acompañamos pasivamente, como espectadores, los profundos debates científico, tecnológicos y éticos que acompañan el desarrollo de estas tecnologías aceleradas. Se trata por cierto de herramientas sensibles, con un alto valor geoestratégico, capaces de promover soluciones antes inimaginables, pero a la vez potencialmente muy riesgosas si no se abordan las delicadas cuestiones éticas que enfrentamos.

Las universidades no pueden estar ausentes en estos debates pues las decisiones que se tomen en este presente tan complejo impactarán por décadas en el devenir de nuestras sociedades. Pensar formas de cooperar en la región alrededor de estas tecnologías es potenciar un futuro posible de prosperidad para todos los habitantes de América Latina y el Caribe. Hasta aquí no se han observado más que tímidos esfuerzos originados y financiados por las propias instituciones de la educación superior para coordinar acciones tendientes a abordar las problemáticas de las nuevas tecnologías. Esta problemática no se limita al uso de las tecnologías de la educación superior hacia el interior de las actividades propias de nuestro quehacer -discusión por cierto muy valiosa que se está dando con sobrada madurez-, como son la docencia, la investigación y la extensión. Tiene que ver sobre todo en las formas en que como naciones soberanas y hermanas vamos a potenciar, regular y controlar el uso ético de estas herramientas, promoviendo reglas comunes y proyectos cooperativos.

La revolución tecnológica estará presente también en todas las formas de comunicación y por eso será esencial para enfrentar la desinformación intencional y todos los problemas causados por ella. Para tanto, es necesario apuntar los siguientes puntos y que podremos elaborar para la formulación de propuestas e de políticas:

- 
- Dar voz a la ciencia de manera amplia, tanto en forma como en contenido, abordar cuestiones humanísticas y de investigación básica, utilizando un vocabulario más accesible;
 - Estimular la cobertura de la realidad brasileña desde la perspectiva de periodistas negros y otros segmentos subrepresentados, con contenido en diversos formatos sobre temas variados, integrando la información científica en este contexto;
 - Expandir y mejorar la educación mediática;

- Utilizar formas modernas de comunicación y un lenguaje adaptado al público;
- Desacreditar el contenido de rumores con información adecuada sobre el tema, de manera rápida y con la mayor visibilidad posible. También es necesario desacreditar las fuentes que difunden información falsa

5. Proyecto de Integración Regional a través de la Movilidad Estudiantil

En el centro del proyecto de soberanía y autonomía en América Latina, la educación emerge como ello fundamental para la construcción de una integración regional. Es importante comprender que, como en el proyecto de integración regional de la UE, la movilidad estudiantil puede ser uno de los patrones estructurales de la integración social, cultural, científica e incluso económica.

Es importante destacar que durante la crisis del COVID-19 se hizo explícito que las crisis cruzan fronteras y que, por lo tanto, las soluciones deben ser regionales. En aquel momento, la ciencia y la internacionalización de las universidades era una de las respuestas más importantes a las emergencias sanitarias a nivel global. La colaboración internacional entre científicos y la aplicación de metodologías conjuntas fue fundamental para la velocidad de la vacuna.

De esta manera, la Movilidad Estudiantil se presenta como una etapa crucial en este proyecto de internacionalización de las Universidades y proyectos comunes para la región. No sólo porque es un proceso que fomenta el intercambio de conocimientos académicos, científicos y tecnológicos, sino que también fomenta la creación de profundos vínculos culturales entre los estudiantes latinoamericanos, construyendo un importante sentimiento de reconocimiento de sus propias similitudes y asimetrías.

Promover un proyecto de movilidad entre docentes, trabajadores, estudiantes e investigadores es una inversión importante para construir vínculos comunes, forjados a través de la educación, que se extiendan más allá de las fronteras y contribuyan a una integración regional más profunda y cohesiva. Esta es una etapa política fundamental para deconstruir la relación histórica de dependencia de la región y construir desarrollo social, económico y político.

6. Referencias

- Almeida Filho, Naomar de; Smali, Soraya S. Universidade do Futuro no Brasil. Revista Ciência e Cultura, dossie 2023. <https://revistacienciaecultura.org.br/?p=3816>
- Barral-Neto, Manoel.; Vogt, Carlos. *O enfrentamento da desinformação intencional no Brasil: uma pauta urgente*, The Conversation Brazil, 14 de dezembro, 2023. <https://theconversation.com/o-enfrentamento-da-desinformacao-intencional-no-brasil-uma-pauta-urgente-219754>
- Da Silva, Armstrong Pereira. *As teorias da integração regional: mais além do eurocentrismo*. *Brazilian Journal of Latin American Studies*, v. 18, n. 35, p. 195-202, 2019.
- Fernández Lamarra, N. 2010. *Hacia una nueva agenda de la educación superior en América Latina*. Ciudad de México, México, Asociación de Universidades e Instituciones de Educación Superior, Dirección de Medios Editoriales.
- Guarga R. (ed.). 2018. *A 100 años de la Reforma Universitaria de Córdoba. Hacia un nuevo manifiesto de la educación superior*. Córdoba, Argentina, UNESCO-IESALC y Universidad Nacional de Córdoba.
- Mato D. (ed.). 2018, *Educación superior, diversidad cultural e interculturalidad en América Latina*, Córdoba, Argentina. UNESCO-IESALC y Universidad Nacional de Córdoba.
- Asociación de Universidades GRUPO MONTEVIDEO. 2022. *Contribución de AUGM a la reflexión de los ejes temáticos de la CRES+5*. Montevideo, Uruguay.
- Centro de Estudos Sociedade, Universidade e Ciência (SoU_Ciência). Coletânea de Artigos a partir de pesquisas sobre a Percepção Pública da Ciência no Brasil. <https://souciencia.unifesp.br/destaques/sociedade-fala>.
- Espacio Latinoamericano y Caribeño de Educación Superior (ENLACES). 2021. *III Conferencia Mundial de Educación Superior. La visión del Espacio Latinoamericano y Caribeño de Educación Superior*. Bogotá, Colombia.
- Oxfam Brasil. Relatórios sobre a Desigualdade. <https://www.oxfam.org.br/>
- III CRES 2018. 2018. *Declaración final de la CRES 2018*. Córdoba, Argentina.